CURSO DE PATOLOGÍA GENERAL





CURSO

DE

PATOLOGÍA GENERAL

BASADA

EN EL PRINCIPIO INDIVIDUALISTA O UNITARIO

6000

OBRA COMPUESTA É ILUSTRADA

POR

JOSÉ DE LETAMENDI

PARA RÉGIMEN DE SUS DISCÍPULOS





C-132 013

MADRID

ESTABL. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ

Calle de la Cava-alta, núm. 5

1883

El Autor se reserva todos los derechos que la ley le concede.

PRÓLOGO

Motivos harto notorios, uno la agitada vida que las exigencias sociales me imponen, otro las dos largas y penosas interrupciones que en cosa de un año ha experimentado mi salud, me han impedido tener hoy tan adelantados como yo quisiera los trabajos preparatorios de la obra que con el título de Principios de Medicina, ó sea, Historia, Teoría y Técnica general del Arte, pienso dar, tarde ó temprano, á la estampa, y de cuyas tres partes la segunda y la tercera constituyen respectivamente la Patología y la Clínica generales, y, por tanto, la materia de la asignatura cuya enseñanza me está encomendada.

En tal situacion, no queriendo, ni publicar atrop elladamente una obra cuyos desarrollos exigen muy prolija maduracion, ni privar por más tiempo á mis queridos discípulos de un texto escrito que les sirva de garantida norma, he resuelto editar el presente libro, donde el lector hallará, bajo una forma abreviada y precisa, todo lo sustancial ó fundamental de mi enseñanza.

Por lo demás, si en algo me han de agradecer los escolares el sacrificio, que gustoso en su obsequio hago, de publicar sumariamente este anticipo de mi obra total, muéstrenmelo en su propio aprovechamiento; pudiendo quedar seguros de que se lo he de estimar como si con ello trabajasen en bien de su actual catedrático y siempre su afectuoso amigo

EL AUTOR.

Madrid 1.º de Enero de 1883.

INTRODUCCION

Agotada hace más de dos años la edicion del libro que con el título de *Plan de reforma de la Patología general y su Clínica* dí á luz en Agosto de 1878, como punto de partida de la nueva doctrina médica que en mis lecciones desenvuelvo, juzgo necesario poner á mis actuales alumnos, y á los que en lo sucesivo acudan á mi cátedra, en algunos antecedentes encaminados á hacerles comprender por qué razon la Patología general que yo enseño difiere radicalmente, así en el método como en el contenido, de la que suele enseñarse en las aulas y en los libros.

Años há—desde 1854 en mi antigua cátedra de Anatomía y desde 1865 en la prensa—que no ceso de clamar contra la carencia de sentido científico de la Medicina moderna; carencia debida, sin duda, á la falta de educacion intelectual de las nuevas generaciones, y á la consiguiente preocupacion de que los hechos poseen, en sí mismos, un valor científico; de todo lo cual resulta un conato de ciencia, compuesto de un agregado accidental de verdades particulares, que van

cambiando al compás que cambian las formas y los

recursos experimentales.

Durante los primeros veinte años, si bien influí en el espíritu de mis discípulos, no hallaba mi predicacion eco alguno en la prensa de España, y menos aun en la del extranjero. Todavía entonces el mundo médico creia á pié juntillos que á la Medicina le basta, para estar constituida, verse en posesion de un sinnúmero de datos, mudables como los artificios ideados para producirlos ó mostrarlos, y sin racional sujecion á ningun criterio perpétuo, inmutable, que garantice nuestra conducta clínica. Todavía entonces se creia que un nuevo hecho finiquitaba un nuevo progreso.

Mas yo, que cuando estoy seguro de que me asiste la razon no paro mientes en si voy solo ó acompañado, insistia cada año con mayor ahinco en mis clamores, procurando patentizar cómo la Medicina moderna, huyendo de aquella baja Escolástica que intentaba suplir con el razonamiento los hechos, ha venido á caer en el opuesto vicio de pretender que los hechos suplan el razonamiento, constituyendo por sí solos toda la ciencia; más breve, demostrando que si todos los razonamientos posibles no alcanzan á destruir la verdad de un solo hecho, en cambio todos los hechos del mundo juntos no arrojan un solo principio; por todo lo cual la ciencia necesita de una parte sus principios de razon que den significacion á las verdades de experiencia, y de otra sus verdades de experiencia que den materia de discurso á la razon. Fuera de esto, la Medicina no es más que conversacion de comadres en su parte teórica, mero pasatiempo de fantasmagoría en su parte experimental, y azaroso laberinto en su parte clínica.

Que yo tenia razon, lo hicieron bueno los años y mi

perseverancia, pues ya en la penúltima década de 1870 á 1880, la frase terrible de J. Hughes Bennet «una Medicina realmente científica está aún toda entera por crear,» estampada en la *Introduccion* á sus *Lecciones Clínicas*, circulaba por Europa, y ya muchos médicos, consumados experimentadores, comenzaron á mostrarse desalentados ante la creciente anarquía, declarando que nos estamos perdiendo en un mar de detalles.

Prueba más perentoria de que yo iba por buen camino, difícilmente se pudiera aducir. Una diferencia, sin embargo, quedaba en mi favor, y es que, cuando los demás comenzaban á reconocer el mal, llevaba yo ya veinte años de acusar el mal y señalar el remedio.

Por entonces, á principios de 1878, el distinguido anatómico que ejercia el decanato en el Colegio de San Cárlos, mi estimado amigo Dr. D. Julian Calleja, puso el más vivo empeño en que yo viniera á ocupar la cátedra de Patología general de Madrid, y hé aquí el motivo que explica cómo la propaganda, en cierto modo abstracta, que estaba yo ejerciendo como catedrático de Anatomía en Barcelona, vino á tomar una forma concreta, ya que la Patología general era, á todas luces, el terreno más apropiado para la lucha á que mis convicciones me impelian. Esto explicará igualmente á mis paisanos los catalanes—y sea dicho de paso por qué razon, habiendo rehusado en varias otras ocasiones el honor de ser trasladado á esta Facultad de Madrid, accedí esta vez á ello, sin vacilacion alguna, pasando por la dura condicion de separarme de mi ciudad natal y de la enseñanza de la Anatomía que era ya en mi una segunda naturaleza.

Entonces fué cuando por un impulso de pundonor, para contrarestar dignamente la influencia de algunos sedicientes autores de obras de texto de dicha asignatura, y además para que el Consejo superior de Instruccion pública no ignorara mi actitud revolucionaria, compuse y dí á la estampa, en cinco semanas, el antecitado *Plan de reforma de la Patología general*; libro destinado, no ciertamente á fines didácticos, sino tan sólo á dar una idea del fondo de mi doctrina á los hombres de ciencia.

Del contenido propiamente patológico de aquel libro no tengo para qué ocuparme aquí, puesto que mis lecciones de cátedra, sustanciadas en este Curso, constituyen el natural desenvolvimiento de sus postulados. Sólo, sí, debo advertir á cuantos hayan leido mi Plan de reforma, que el método adoptado en cátedra desde el primer curso (de 1878 à 79) para el desarrollo de la parte biodinámica de la Patología fundamental, es à un tiempo mucho más llano y más rigurosamente legítimo que el que empleé en la mencionada obra, preocupado, como en aquella ocasion estaba, por el afan de poner las cosas al alcance de los médicos más refractarios á las especulaciones matemáticas, y en virtud de haber caido luego en la cuenta de que en asuntos científicos lo más llano y conveniente suele ser, al fin y al postre, lo más estrictamente científico.

En cuanto al espíritu, á la idea médica generatriz de toda mi concepcion, el lector la hallará en el texto ámplio del siguiente *Discurso*, que, aunque compuesto para una solemnidad ajena á mi cátedra, no vacilo en preponerle al texto del presente libro, á título de *Inaugural perpétua* de las lecciones de mi curso, mientras desempeñe la enseñanza de Patología y Clínica generales.

ORÍGENES

DE LA

NUEVA DOCTRINA MÉDICA INDIVIDUALISTA

Ó UNITARIA (1)

SEÑORES:

Al ver, por fin, realizadas en este dia las ilusiones de mi vida entera, siéntome tan absorto y conmovido, que no me es dado expresaros cumplidamente el estado de mi ánimo. La verdadera y profunda felicidad, la que nace de la obtencion del sumo bien, perseguido con prolija perseverancia, causa en nuestro espíritu un éxtasis misterioso, un verdadero equilibrio instable, al cual concurren de una parte el recuerdo de pasadas amarguras, impidiendo la alegría; de otra, la fruicion de la obtenida dicha, conteniendo el llanto; de otra, la voz de los deberes á que la ventura obliga, enfrenando todo engreimiento, y de otra, en fin, la representacion de lo breve de nuestra vida,—representacion nunca más clara y dolorosa que cuando felices, ya que todo bien excita el anhelo de su eterna posesion,—concentrando nuestra alma, y afligiéndola, en el punto mismo de ver lograda su terrena bienaventuranza.

Tal es, lacónicamente indicada, no descrita, la situacion de mi ánimo al ver constituirse pública y solemnemente, con carácter de fuerza viva, espontáneamente engendrada por vues

Discurso pronunciado por el autor en la sesion inaugural del Círculo médicoreformista de Madrid, 2 Mayo 1882.

tro entusiasmo, ajena del todo á mi personalidad, y, sin embargo, perpétuamente relacionada con ella, una asociacion encaminada á cultivar y difundir mi doctrina médica.

Consentidme, pues, que desentendiéndome de todo alarde literario, encaminado á manifestaros mi gratitud ó á ponderaros mi gozo, vaya derecho á lo único que alcanzan hoy mis fuerzas, á la consideracion sustancial y trascendental del paso que hoy juntos damos, inaugurando este Circulo médico-re-

formista.

Largos años de silenciosa meditacion fueron necesarios para que se engendrara en mi mente la nueva doctrina, y, en cambio, tres solos de enseñanza han bastado para que vosotros, identificados con ella, os apresteis á propagarla; y, en este contraste, si motivo hay para que mi pensamiento dé gracias á mis labios por su tardanza en comunicar la idea, ¿cuánto mayor no lo ha de haber para que mis labios agradezcan á vosotros la presteza en comprenderla y aceptarla? ¡Ah! jamás me cansaré de decantar, no sólo la nítida inteligencia, sino tambien la hidalga y eficaz voluntad con que en tan breve tiempo la juventud de San Cárlos ha comprendido esta idea y ha

hecho suya mi empresa.

De este mismo hecho surge hoy, señores, el delicado deber que me toca cumplir en este sitio. Lo trascendental del hecho, la prontitud con que ha tenido lugar, la circunstancia de haberse anticipado la creacion de este Circulo á la publicacion in extenso de mi doctrina, sólo abocetadamente indicada en mi Plan de reforma de la Patologia general, dado à luz en 1878, cuando era yo todavía catedrático de Anatomía de Barcelona, y seis meses antes de tomar posesion de mi cátedra de Madrid, son motivos sobrados para que yo, aceptando, como acepto, la grave responsabilidad que vuestra conducta me impone, os revele, à título de testamento, por si mañana mismo yo muriere—que bien puede ser—aquellas cosas que todavía no he revelado en cátedra, mostrándoos ciertas verdades primeras y muy hondas que, con ser en rigor ajenas á la Medicina, y precisamente por esto, constituyen à modo de asiento tellurico, firme é inmutable, los cimientos de los cimientos de mi doctrina médica. Esta manifestacion, intimamente relacionada con mi doctrina filosófica sobre el «Concepto del hombre,» expuesta poco há en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, arraigarán aun más y más en vuestro ánimo el convencimiento de que lo que vais á defender y propagar no es un sistema más, efímero como todos, y como todos llamarada de vanidad para hoy y tinieblas de desengaño para mañana, sino la verdadera y única doctrina médica estable, la base científica y positiva de la Medicina perennis, destinada á hacer imposibles entre nosotros los sistemas, como ya lo son tiempo há en Astronomía, en Física, en Química y en toda ciencia que ha llegado á adquirir claro concepto de su objeto, sus límites y su método.

Lo primero que con extrañeza vuestra os voy á revelar, es que mi nueva doctrina no es, en el fondo, una doctrina nueva, sino la más antigua que en el órden de la Medicina racional conoce el mundo. Mi doctrina es la restauracion del espiritu individualista hipocrático en lo que este ha tenido de práctico y salvador para el pasado, y en lo que el progreso, rectamente dirigido, puede fortalecerle para señorear en el porvenir. Conozco la gravedad de esta proposicion, y cuán peregrina deberá de parecer, así á los detractores como á los apologistas del gran clínico de Coos; mas si desentendiéndonos de unos y otros—pues de unos y de otros debemos vivir siempre apartados—procuramos entendernos directa y personalmente con Hipócrates mismo, entonces joh! entonces mi proposicion resultará á vuestros ojos—yo os lo fío—la cosa más llana y evidente del mundo.

No es necesario para interrogar á Hipócrates, emprender al través de veinticuatro centurias un largo y penosísimo viaje; Hipócrates vive en cada uno de nosotros, presente si le ensalzamos, presente si le combatimos, presente, en fin, si bajo la más neutral indiferencia, le recordamos como primera figura de su tiempo y símbolo en todos de la sensatez y dignidad del arte. ¿Por qué está presente en nuestro ánimo? No á buen seguro por nuestra espontaneidad en buscarle, sino por la insinuante eficacia de su celebridad en perseguirnos y alcanzarnos. Así atraviesa el mérito los siglos, como el resplandor de un astro los espacios, no por la diligencia de nuestros ojos en llegar á donde está su luz, sino por la diligencia de su luz en alcanzar nuestros ojos.

¿En qué consiste, pues, el mérito de Hipócrates? ¿Acaso en su tecnicismo? ¿Acaso en sus ideas fisiológicas? ¿Acaso en su cuerpo de aforismos, donde más abundan las lagunas que la tierra de labor? ¿Acaso en sus teorías médicas? ¿Acaso en la intencion filosófica de estas? No; en nada de eso; todo ello, salvos los hechos concretos de experiencia, contenidos en su aforística y esparcidos en el resto de sus obras auténticas, no pertenece á Hipócrates; pertenece á su tiempo, y con su tiempo murió para no volver. Entonces, ¿consistirá el mérito de Hipócrates en la adopcion del método empírico ó de observacion á la Medicina? Tampoco. Ni el método empírico fué obra suya, ni fué él el primero en aplicarlo al arte de curar. Siglos antes que Hipócrates naciera fueron adoptadas las historias clínicas como primera materia de razonamiento médico.

Lo propio de Hipócrates, lo que en él constituye su espíritu, su personal grandeza, y, por lo tanto, su prestigio histórico, y lo que en cualquier siglo en que Hipócrates resucitara tornaria à constituir su inmarcesible gloria como pensador y como clínico; es la subordinacion de la observacion y la experiencia al concepto individual del hombre. La idea neta de un todo, formado de variedades conexas, sin principio ni fin en su diversidad y subsistencia; la idea de unidad, donde los órganos se resuelven todos en un organismo, las funciones todas en una vida, y el organismo y la vida, ó lo anatómico, lo fisiológico y lo psicológico, en una entidad teórico-práctica, llamada NATU-RALEZA Ó Physis, esto es, lo que hay de cardinal, de privativo, de sensato, de indestructible en el fondo del pensamiento de Hipócrates. Sólo por la fuerza de este gran principio pudo aquel espíritu, esencialmente clínico, intentar la emancipacion de la Medicina con respecto de las falsas metafísicas, al paso que recomendar la sana Filosofía como fundamento de la educación médica. Sólo, en fin, por virtud de este concepto individualista, que campea en todos sus textos, ha podido Hipócrates ser, en todo tiempo, no por su letra, sino por su espíritu, el seguro puerto á donde los grandes clínicos han ido á buscar refugio, acosados por el temporal de los sistemas.

Y no en balde el espíritu práctico ha demandado siempre auxilio al espíritu hipocrático, aun sin darse clara cuenta de la verdadera esencia del hipocratismo. Despues de todo, el punto

de vista del médico de Coos es el más natural en toda ciencia de aplicacion; y, bien así como para el ingeniero hidráulico el agua, agua es, independientemente de que su naturaleza sea simple ó compuesta, ya que como tal agua ha de dirigirla y gobernarla, y no como una combinacion de oxígeno é hidrógeno, cuyas propiedades en nada se parecen á las de su resultante agua, ni nada sirven para explicar las leyes de presion. nivel, velocidad, ebullicion, tension, condensacion, congelacion, globularidad, incompresibilidad, calor y electricidad específicos y demás atributos del agua, y todo cuanto del oxígeno y el hidrógeno se le explique, formará, sí, un caudal de ilustracion ó de utilidad indirecta, muy estimable por cierto, mas nunca un medio de utilidad directa para esclarecer ó rectificar el concepto de la hidráulica, asimismo para el médico, que no es en modo alguno el naturalista, sino que ha de conocer al sér viviente como objeto real é integro de su direccion y cuidado, el indivíduo, indivíduo es, independientemente de que sea simple ó compuesto, ya que como tal indivíduo ha de dirigirlo, y no como una combinacion de órganos, de fibras ó de metalóides y metales, cuyas propiedades en nada se parecen á las de su resultante indivíduo, en tanto que es tal, ni nada sirven para explicar la sensacion, la contraccion, la irritacion, la inflamacion, la neurosis, la atrofia, la degeneracion, la curacion, el bienestar, el crecimiento, la reproduccion, la decadencia y demás atributos y modos del indivíduo; y todo cuanto de esas partes constitutivas se le explique, formará, sí, un caudal de ilustracion ó de utilidad indirecta, muy estimable por cierto, mas nunca un caudal de utilidad directa para esclarecer ó rectificar el concepto de la Medicina.

Las cosas de ciencia, señores, ó decirlas en toda su verdad, ó no decirlas—por esto os hablo con tanta desnudez:—y si aquellos que sueñan (y son los más, por no decir casi todos) con que en el fondo de un matraz ó en la ménsula de un microscopio nos espera la resolucion del enigma de los organismos, decidles que la Medicina es una secular urgencia que no vive de ilusiones, y menos aun de ilusiones que, siendo indefinido el progreso, como lo es, no pueden tener realizacion segura antes de la víspera del juicio final, donde todo interés clínico dejará ya de serlo, y que, aun suponiendo que mañana

mismo quede descifrado el enigma, entonces los que estarán de enhorabuena por ello serán el naturalista y el filósofo, no el médico, puesto que á los ojos de este el indivíduo quedará siempre indivíduo para los efectos clínicos, como el agua, agua quedará perpétuamente á los ojos del ingeniero, para los efectos hidráulicos. Siempre, señores, las variaciones del agua se mostrarán por cuanto es agua, y por cuanto es agua serán corregidas; y siempre, señores, siempre las perturbaciones del indivíduo se mostrarán por cuanto es indivíduo, y por cuanto es indivíduo deberán ser remediadas, y guay del agua y del hombre en el instante en que sus elementos constitutivos se divorcien, porque entonces ambos á dos cesan de ser: aquella por descomposicion, este por muerte; entonces la mision del médico, lo propio que la del ingeniero, ha terminado.

Estas observaciones, que nadie, que yo sepa, ha tenido en cuenta, muestran hasta la evidencia cuán natural y seguro método fué el de Hipócrates, y explican cómo en medio de su extrema deficiencia de conocimientos, hija de la ignorancia fisiológica y terapéutica de su tiempo, nunca sus detractores han podido destronarle, ni nunca los médicos verdaderamente sensatos han dejado de buscar en el calor del espíritu hipocrático una saludable reaccion contra las insensateces de los sistemas. No en balde ya el colosal Galeno exclamaba, como entreviendo esta verdad: «No creo á Hipócrates bajo su palabra como á una autoridad, conforme lo hacen muchos, sino que le alabo por haber fundado su doctrina en sólidos principios.»

No faltará quien crea que esta hipocrática concepcion de la individualidad clínica no es fruto de sabiduría, sino de la crasa ignorancia en que los griegos estaban acerca de los distintos órganos y las diversas funciones del cuerpo humano; á lo cual replicaré que la ignorancia, como negacion, no puede producir más que negaciones, y, como error, no alcanza á engendrar más que errores, y que la concepcion clínica de Hipócrates, representada en lo anatómico por la palabra *Physis*, y en lo fisiológico y moral por la célebre fórmula: «uno el concierto, una la conspiracion» (consensus unus, conspiratio una), no siendo negacion ni error, sino afirmacion y verdad, no puede suponerse resultado de la grande ignorancia, sino del gran fondo de sensatez con que Hipócrates se defendia de esa mis-

ma ignorancia de su tiempo. Y la contraprueba de ello está en el hecho de que la escuela de Cnido, con ser contemporánea de la Coos, ó de Hipócrates, partia de una concepcion diametralmente contraria, oponiendo á la idea de organismo la de pluralidad de órganos, á la de enfermedad la de pluralidad de alteraciones locales. Paréceme, pues, harto patente lo injustificado del reparo.

Tampoco ha de faltar quien, alardeando de erudito, pretenda, no ya desvirtuar, sino deshacer la personalidad de Hipócrates, arguyendo á este fin que lo que él representa no es su propio espíritu, sino el de una escuela secular de ilustres predecesores. Tanto peor para estos, apresúrome á replicar, y tanto mejor para él, si á él y no á ellos ha concedido la Historia los honores de la inmortalidad.

No seré yo quien afirme, como lo hizo un dia el Dr. Double en el seno de la Academia de Medicina de París, que Hipócrates, solo, sin antecedentes, inventó de un golpe la Medicina racional. Él mismo, en su *Medicina antigua*, replicó de antemano á cuantos en lo futuro tratasen de atribuirle tal mérito ó tal pretension, cuando escribia: «De antiguo se halla la Medicina en posesion de todo, en posesion de un principio y un método que ella ha encontrado, y con cuyo auxilio ha realizado en el largo trascurso de los siglos numerosos y excelentes descubrimientos.»

Mas no basta ni la propia declaracion del anciano de Coos para desposeerle de su carácter de Padre de la Medicina y personificacion de sus principios. En el siglo de Perícles, en ese siglo que bien pudiera llamarse la mejoria de la muerte del más artista, el más sabio y el más libre de los antiguos pueblos; en ese siglo sin igual en que la Grecia, sintiendo cercana su última hora, se incorporó para otorgar testamento á favor del mundo entero; en ese siglo, en fin, en que florecieron, no por sí y ante sí, sino por la fuerza viva del genio heleno, acumulada de largas centurias, Sócrates y Tucídides, Platon y Fidias, Aristófanes, Sófocles, Eurípides, Georgias, Demócrito y Polícleto; en ese mismo siglo floreció, no por sí y ante sí, sino por la fuerza viva acumulada de diez y siete generaciones de ascendientes médicos, Hipócrates, el segundo entre los siete de su nombre, Τπποκράτης ὁ μέγας, Hipócrates el Grande, como

en vida le apellidaron los griegos, ó Hippokrates der Grosse como á la vuelta de veinticuatro siglos le llama aun la fria y docta Alemania. Ante este cuadro yo no he de discutir si Hipócrates ha de ser inmortal por sí, ó ha de serlo en representacion de todos sus precursores; bástame consignar, por principio, no de equidad, sino de estricta justicia, que lo que en este punto negueis ó concedais á él, debeis asimismo negarlo ó concederlo á Sócrates y á Platon, á Aristófanes y á Fidias.

La preparacion de todo humano progreso es siempre la obra paciente de muchas generaciones; pero el progreso mismo, el paso, la entrega del resultado útil de aquellos esfuerzos á la humanidad entera, suele ser obra de uno solo, y á ese es á quien la Historia inmortaliza. ¿Y sabeis por qué? Porque la humanidad es muy práctica, y, en consecuencia, muy inclinada á premiar, más que á los grandes talentos, á los grandes caractéres que han podido con mano fuerte imponer al mundo una nueva idea, séase lo que se fuere del orígen y desenvolvimiento de esta.

Hé aquí legitimada la gloria y la virtualidad histórica del

gran maestro.

Tal fué, señores, el verdadero y genuino espíritu al cual deben el hipocratismo su incontrastable fuerza, é Hipócrates su

inmarcesible gloria.

En Antropología, la unidad individual; en Medicina, la consiguiente unidad patológica y terapéutica; en el método, la observacion y la experiencia; en la práctica del arte, una sensatez, un sentido clínico admirables y una ejemplar conducta, sintetizada en aquella sublime máxima: «donde está el arte alli está el amor al prójimo,» y, por encima de todo ello, el genio de organizacion y de expresion con que dió forma y vida á todo el saber trasmitido por diez y siete generaciones; hé aquí en conjunto lo que hay de imperecedero en Hipócrates.

Muy difícil es imaginar cuál hubiera sido la suerte de la Medicina á haber seguido los médicos las huellas del sensato maestro, en lugar de haber empleado su ingenio: unos en aceptar á la letra los textos hipocráticos, sólo porque eran hipocráticos; otros en encomiarlos sin comprenderlos; muchos en impugnarlos, sólo porque eran antiguos; varios en inventar

sistemas à priori, y pocos, muy pocos, viviendo y enseñando en el espíritu del conspícuo maestro. Mas, en punto á historia, conviene tomar las cosas como fueron, no como pudieron haber sido, y aun suponer, por regla general, que cada paso dado por la humanidad, aunque haya producido daños accidentales, ha de tener por término de su proceso un bien general y final, á menos que dudáramos de la bondad de la razon eterna, principio y fin del humano progreso.

Es, pues, lo cierto que á la muerte de Hipócrates la corriente del empirismo, que llamaré individualista, ó de la observacion y experiencia sobre el indivíduo in integrum, se ocultó, como las aguas del rio Guadiana, debajo de tierra, viniendo á invadir su desecado cauce la nueva corriente, mucho más impetuosa, de la diseccion y la experimentacion sobre las par-

tes de que en apariencia se compone el organismo.

Y hénos aquí llegados al punto para mí más árduo de este discurso.

Yo debo, para cumpliros mi promesa, recorrer y aquilatar la historia de mil cuatrocientos años, no sólo en breve espacio, sino ante un auditorio cuya mayor parte, por su condicion escolar, ni ha cursado esta rama de la cultura médica, ni se halla aun con precedentes bastantes para comprender y dominar lo concreto de los sistemas antiguos y modernos; y sin embargo, he de vencer este imponente obstáculo. Mas ya lo venceré—me lo dice el corazon—si continuais prestándome el vivo interés con que hasta ahora me habeis honrado. Voy, pues, á presentaros lo fundamental de los acontecimientos, en tal forma, que, sin que necesiteis estudios históricos para comprenderme, antes al contrario, lo que os voy á decir se convierta en segura clave para interpretar en su dia la historia de la Medicina.

La marcha adoptada por los pueblos cultos en sus investigaciones anatómico-fisiológicas, desde la muerte de Hipócrates hasta nuestros dias, ha sido perfectamente igual á la que vosotros habeis debido seguir para los propios estudios en las Universidades españolas, esto es: 1.º, un primer curso de anatomía, dedicado al exámen de los huesos, las articulaciones, los músculos, las aponeurosis, los grandes conjuntos viscerales y las funciones particulares de cada uno de estos órganos y aparatos; 2.°, unas vacaciones; y 3.°, tras de estas, un segundo curso, repartido en dos asignaturas: una de lo que llamaré anatomia fina, que comprende los sistemas vascular, nervioso, histológico y embriológico, y otra de fisiología general y experimental. El primer curso duró, en rigor, los cinco últimos siglos de la Edad antigua (desde la muerte de Alejandro Magno hasta la de Galeno); las vacaciones, que fueron en verdad un tanto exageradas, comprendieron toda la Edad media y algo más, pues desde la muerte de Galeno hasta la aparicion de Vesalio en 1544, median catorce siglos mortales, y, finalmente, el segundo curso se inauguró con este ilustre jóven, y sigue abierto aun en nuestros dias.

Y para que veais cuán exacta es la similitud que me he atrevido á establecer, añadiré, que en las postrimerías de los antedichos feriados, y como si la humanidad, barruntando algo parecido á nuestras asignaturas preparatorias, no quisiera, como quieren muchos estudiantes de hogaño, demorar su estudio más de lo razonable, aparecieron la Magia y la Alquimia, tomando, con respecto de las doctrinas médicas, una actitud tan insensatamente invasora como la que hoy, por mal de herencia, están tomando la Física, sucesora de aquella Magia, y la Química, sucesora de aquella Alquimia.

Con esto, y con advertiros que durante el primer curso y los feriados de la Edad media, los sistemas filosóficos griegos, sobre todo el aristotélico, intervinieron por mucho en el pensamiento médico, y que la política, y en su representacion las escuelas filosóficas ortodoxa y heterodoxa, han influido grandemente en el espíritu de las doctrinas médicas modernas, tendreis lo que antes os prometí, á saber: no sólo un suplemento histórico para vuestras necesidades de este momento, sino tambien una verdadera y sencillísima clave para desentrañar en

su dia la historia de nuestro arte.

Ahora bien; prescindiendo de todo lo accesorio, que no hace á nuestro caso, y fijándonos en esta análisis metódica creciente de que el organismo y sus funciones han sido objeto durante el curso de los siglos hasta el presente, en que la ciencia ya se ocupa de la postrera descomposicion del cadáver en los últimos elementos inorgánicos constitutivos de sus últimos elementos orgánicos, examinemos serenamente cuál ha sido el

resultado intrínsecamente médico de la diseccion y la viviseccion.

Durante este secular análisis, y señaladamente, como es natural, en su segundo período, los progresos anatómicos y fisiológicos han producido en la Medicina un resultado múltiple y peregrino. Cada nuevo hecho descubierto ha sido, de una parte, proclamado como toda la verdad; de otra, esgrimido para matar lo existente; y de otra, en fin, explotado como esperanza y punto de partida de ulteriores y más menudas investigaciones. Así, por ejemplo, cuando á principios de este siglo se descubrió la célula como elemento anatómico, fisiológico y patológico de los organismos, fueron naciendo: 1.º, una Medicina que aceptaba la célula como toda la verdad; 2.º, una crítica á cuyos golpes las anteriores verdades resultaban todo falsedad; y 3.º, un nuevo y más vehemente afan de ulterior análisis, que, en el mero hecho de surgir, ya sospechaba que era necesaria más verdad que la obtenida.

Hoy esta sospecha, trocada en certidumbre, hace ya bambolear, á la vuelta de treinta años, el edificio levantado con tanto ardimiento como sinrazon, por los clínicos, en vista de

un adelanto puramente analítico de los histólogos.

Desde luego se echa de ver que en el fondo de este procedimiento hay un gran vicio, pues no se concibe que, tratándose del hombre, que para el médico es siempre el mismo, cambie radicalmente cada veinte ó treinta años la idea que la ciencia forma de él, y que cada veinte ó treinta años resulte el absurdo de que, siendo lo último toda la verdad, sea tambien toda la verdad lo que el progreso sigue buscando, y tenga que declararse mentirosa ilusion aquello que fué tenido por verdad total en tiempos anteriores. Y este absurdo se convierte en desastrosa inmoralidad cuando consideramos que para tan encontradas verdades, halladas en diversas épocas, es idéntico en todas ellas el sér humano, á cuya preservacion y cura deben ser aplicadas; de suerte que, siendo el hombre lo que es, ni punto más ni punto menos, y no pudiendo ser hoy todo sangre, mañana todo nervio, pasado todo células, más allá todo plasma y otro dia todo afinidades químicas, resulta obvio, ó bien que la Medicina entera es una escandalosa falsedad, con deshonra de la ciencia y perjuicio de los enfermos, ó bien que

una sola de estas hipótesis tiene fundamento positivo, resultando en daño de la humanidad las hipótesis restantes.

¿No es cierto, amigos mios, que considerado el progreso médico en toda su desnudez, sin atavíos de escuela, ni acomodamientos clínicos, ni reminiscencias de tradicion hipocrática, aparece horrible por lo inmoral y por lo desastroso que ha debido resultar en el terreno práctico?

Pues bien; yo no pretendo que formeis del pasado ni del presente, tan pésimo juicio, no. El trabajo de investigacion es siempre agradecido, siempre beneficioso, y, si bien es cierto que bajo el punto de vista científico la Medicina es un caos, más tenebroso aun hoy que en ningun tiempo, y que cada descubrimiento provoca un delirio en forma de poema, ó un poema que conduce à un delirio, tambien lo es que en el terreno del casuismo, ó de los procedimientos particulares, cada investigacion ha producido, desde la más lejana antigüedad, estimables beneficios, así médicos como quirúrgicos, va en los medios del diagnóstico, ya en el material terapéutico. Más breve: en Medicina la investigacion no ha producido sólo el mal; pero en lugar de haber producido sólo el bien, ha dado una mezcla de bien y mal. No se trata, pues, de condenar en absoluto á la Anatomía y la Fisiología: trátase, sí, de pedirles estrecha cuende su conducta.

Planteemos, por tanto, la cuestion concretamente:—Hipócrates fundó la observacion y la experiencia sobre la individualidad; sus sucesores introdujeron la diseccion y la experimentacion sobre las sedicientes partes de esa individualidad. Ahora bien; ¿ha correspondido este análisis de órganos y funciones á lo que el espíritu hipocrático puede exigir del espíritu analítico, ó en términos más prácticos, á lo que el enfermo debe exigir del médico?—Ya hemos visto que no.—¿Por qué?—Esto es lo que conviene precisar.

El grave error de la Medicina analítica consiste en haber tomado por norma de su marcha la de las Ciencias físico-químicas, sin echar de ver, fascinada sin duda por los admirables progresos industriales, sin echar de ver, repito, el hondo abismo que de ellas la separa.

El físico se preocupa muy poco del inconmensurable indivíduo llamado UNIVERSO, en cuyas entrañas ejecuta sus análisis

y sus experimentos. En cuanto el método inductivo conduce al descubrimiento de las leves del movimiento ó de la luz, del calor ó de la electricidad, del sonido ó de las ondulaciones químicas del éter, además de referir, como teórico, esas nuevas leves à la doctrina general del Cosmos, con grande alborozo de los idealistas, que se las compran á cualquier precio, por tal de aderezar con ellas un nuevo poema de esos que se apellidan sistemas filosóficos, va é inventa un reloj ó un telescopio, una locomotora ó una pila gálvano-plástica, un teléfono ó una máquina fotográfica; artificios todos que no son Universos, ni siquiera indivíduos, sino criaturas analíticas, séres precarios, incompletos, que, incapaces de proveer á su subsistencia y restauracion, tienen por alma al hombre mismo que las fabrica, informa, mantiene, gobierna y remienda, y por esencia y fin únicos aquella parte de la esencia total del mundo que se llama elasticidad en una, luz en otra, calor en esta, electricidad en aquella, sonido en la de allá, accion fotoquímica en la de acullá; razon por la cual, señores, debe el hombre que las ha creado, informarlas, mantenerlas, gobernarlas y recomponerlas. No importa que en cada máquina industrial influyan, como realmente influyen, otros de los elementos del Universo, no importa; pues con ser tan principal la luz, por ejemplo, en la esencia y fin útil de la máquina óptica; tan principal la electricidad en la esencia y fin útil de la máquina eléctrica, como secundarias respectivamente la accion de la electricidad en la óptica y la de la luz en la eléctrica, resulta que esas influencias accesorias son despreciables, ó por lo menos, fácilmente previstas y espeditamente remediadas.

Y ahora pregunto: ¿son estas las criaturas que el análisis anatómico-fisiológico puede arrojar al mundo de la utilidad clínica como fruto del progreso? ¿Componen acaso nuestras clientelas hombres-vasculares inventados por Harvey, ni hombres-nerviosos construidos por Haller, ni hombres-celulares fabricados por Schwann, ni hombres-plasmáticos aderezados por Haeckel, ni hombres-moleculares compuestos por Berthellot? ¿No es en todo tiempo el mismo nuestro perpétuo cliente, aquel sér uno, idéntico é indiviso, aquel que, doliente y temeroso, nos llama con la esperanza de que el fruto de nuestras

investigaciones ha de ser provechoso á él, no á los clientes de laboratorio de nuestra alucinada fantasía?

Hé aquí el abismo que separa la ciencia biológica de la física; hé aquí el error que, contra el dictámen universal de mi tiempo, os señalo con resuelta mano.

Miradlo; vedlo; contemplad su magnitud y riesgos, y luego echad vuestras cuentas.

La ciencia físico-química, hallada una nueva ley, inventa una máquina que la ponga en explotacion singular y útil, constituyendo cada una de estas nuevas máquinas un nuevo prodigio y una nueva riqueza; mientras que aquella, la Biología médica, cada vez que conoce un nuevo elemento orgánico, ó una nueva ley fisiológica, debe contentarse con incorporar inmediatamente este conocimiento parcial al conocimiento total del indivíduo, ya que no puede inventar para cada verdad particular un particular sér viviente, que realice, viviendo, aquella sola verdad nuevamente arrancada á la naturaleza.

Así, una vez hallada la ley fisiológica del calor animal, ó de la absorcion, ó de la sensibilidad, no pudiendo crear un animal que viva sólo del calor, ó sólo de la absorcion, ó sólo del sentir, debemos apresurarnos á incorporar estas nociones á todas las demás que de la complexidad y el solidarismo individuales poseemos, á fin de progresar en el acertado gobierno del cuerpo vivo, al compás que progresamos, no en su conocimiento analítico, sino en su conocimiento sintético á favor del analítico. Por esto en Anatomía, como en Fisiología, como en sana Psicología, no sólo es ridículo y absurdo, segun antes mostré, aplazar la síntesis para el término total del análisis, sino que es urgente, es imperativa é includible la necesidad de que à todo acto de análisis material siga inmediatamente un acto de sintesis intelectiva, que desagravie, por decirlo así, á la naturaleza individual de la violencia que con ella hemos cometido en el hecho material de dividirla.

¿Comprendeis ahora, señores, toda la absurdidad histórica de que cada época haya aplicado su verdad parcial á la negacion de las verdades parciales adquiridas en épocas anteriores? ¿No veis tan claro como la luz del medio dia que lo procedente era incorporarla con cautela á estas, á fin de acrecentar y subli-

mar el concepto individual, el concepto de la total verdad, objeto y fin de prolijas investigaciones?

Y tened bien en cuenta que si esto es cierto para el total sér humano, lo es asimismo para cada una de sus partes, por mínimas y humildes que estas sean; pues si para formar juicio del hecho de la vida normal ó patológica, en el total indivíduo, habeis de tener en cuenta los conceptos excitabilidad, determinacion, contractilidad, absorcion, nutricion, exhalacion, calorificacion, electrizacion, permutaciones químicas, etc., etc., todo esto, ni un punto menos, debeis tener en cuenta al discurrir acerca de la vida, normal ó patológica, de un simple mamelon carnoso, de una determinada fibra muscular, de una mera vesícula respiratoria, de un tenuísimo túbulo nervioso. Así, cualquier problema, por mínima que sea la parte donde surja, por ejemplo: - Dada la degeneración esclerótica del nervio petroso profundo mayor, determinar su causa próximadespierta en seguida en el ánimo del clínico sensato la consideracion de todos los factores, nutricios, absorbentes, exhalantes, hemokrásicos, vaso-motores, neuro-tróficos, medulares, cerebrales, cerebelosos, diatéticos, etiológicos, etc., etc., es decir, todo el problema médico en su enorme complexidad,

Hé aquí, señores—y fijaos bien en ello—hé aquí por qué no basta declararse especialista para considerarse inhibido de atender á la cuestion fundamental de doctrina que estamos ventilando. Hé aquí por qué ya en mi Plan de reforma de la Patologia general definí las especialidades médicas «La aplicacion de toda la Medicina á un ramo particular de su práctica,» puesto que considerarlas de otra manera, mirarlas y ejercerlas como resultado de la simple segmentacion de la Medicina, es muy ocasionado á prodacir industriales en lugar de médicos, que es lo que precisamente hoy se da, y más aun fuera que dentro de España, en la gran mayoría de los casos.

aterradora por lo inextricable.

Duro parecerá el juicio, lo presumo; mas como quiera que de mis labios ó de mi pluma nunca salió concepto alguno sin mi consentimiento, lejos de rectificar mi aseveracion, voy á fundar en ella la última parte de estas investigaciones acerca de los origenes de mi doctrina médica.

Ante todo, tened presente que no están los tiempos para in-

dividualismos ó unitarismos orgánicos; que los que os afiliais á mi bandera, tendreis que luchar mucho con fisiólogos, patólogos y terapéutas, analisistas, particularistas, anarquistas, por lo cual, y á fin de que no os cojan desprevenidos, voy á deshacer de antemano la objecion capital, ó mejor dicho, la única que con diversas variantes se os va á dirigir acerca de la unidad del hombre. «La unidad individual, os dirán, no existe; el hombre es el resultado de una reunion de partes y de un concurso de fuerzas.»—Examinemos el valor de esta objecion.-Por de pronto, en cuanto á la forma, esto no es objecion, no es argumento, sino una mera afirmacion sin prueba. En cuanto al fondo, si no podemos decir un hombre, menos aun podremos decir un pulmon. ¿Por qué? Porque las relaciones del hombre con el mundo son de contigüidad, mientras que las del pulmon con el hombre son de continuidad. Más claro: para separar al indivíduo del medio en que vive, no se necesita instrumento cortante, mientras que para separar del indivíduo uno de sus órganos es indispensable cortar. Entonces, ¿dónde está la unidad? ¿Acaso en el elemento histológico del órgano? No. ¿Acaso en el principio inmediato? Tampoco, por la propia razon de continuidad. ¿Estará, pues, en el átomo físico-químico? Hay un inconveniente para afirmarlo, y es que el átomo, creacion metafísica de la razon humana, ni es ni será nunca objeto de conocimiento positivo.

Hé aquí, pues, que en la escala analítica, ó descendente, del indivíduo abajo, no conocemos más unidad natural que la del

indivíduo.

¿Y en la escala ascendente? Veamos. El hombre no es uno porque es parte del planeta, y el planeta no es uno porque es parte del sistema solar, y el sistema solar no es uno porque es parte de nuestra nebulosa, y nuestra nebulosa no es una porque á su vez es parte del universo: luego el universo es la unidad, y no hay más unidad que el universo. Legítima seria la consecuencia si tuviéramos de ese universo una nocion más positiva que la que tenemos del átomo. Mas lo cierto es que del universo tenemos sólo una concepcion metafísica, tan metafísica como la que del átomo formamos: universo y átomo son los dos extremos ideados por la razon para no perderse en el vértigo, así de lo infinitamente grande, como de lo infini-

tamente pequeño, de la realidad; imaginamos el universo como la unidad de todo lo posible que suponemos, no de todo lo positivo, porque mucho de lo positivo lo ignoramos, é imaginamos el átomo como la unidad de lo más pequeño posible que suponemos, no de lo más pequeño positivo, porque lo más pequeño positivo no lo vemos; y en prueba de esto, reparad que tan impotentes somos para precisar la forma, ni positiva ni posible, del átomo, como para precisar la forma, ni positiva ni posible, del universo. Unidades son una y otra apoyadas en la unidad misma de nuestra personalidad, y con saber de antemano que el espacio debe de ser positivamente infinito, ó hemos de bromearnos con el vocablo, ó confesar que no sabemos absolutamente nada, ni del universo en tanto que última concepcion sintética, ni del átomo en tanto que última concepcion analítica.

Y puesto que de estas dos unidades metafísicas, universo y átomo, lo propio que de la unidad que á todo objeto definido atribuimos, resulta que somos nosotros mismos los autores y el prototipo, por cuanto nos conocemos unidad idéntica en lo moral é indivisa en lo orgánico; renúnciese al argumento, y medítese más y mejor antes de poner reparos á la validez de la unidad humana, como criterio seguro y perpétuo, así de la ciencia, como del arte.

Ya veis, pues, señores, que ni por la escala analítica ó descendente, ni por la sintética ó ascendente, hay que temer, ni hoy ni nunca, la destruccion de la doctrina que abrazais.

Empero, como el primer deber del espíritu triunfante es no abusar de la victoria, conviene, para que nuestra doctrina sea superior á los sistemas, procurar que nuestro ánimo evite toda exageracion. Afirmado el principio de que el hombre es el prototipo real de la unidad é individualidad naturales, es menester definir las condiciones en que el hombre es uno é indivisible, no fuera alguien á creer que afirmamos más de lo que es lícito admitir en la Naturaleza.

La unidad y la indivisibilidad del hombre, con ser positivas, no son absolutas; sólo del Sér Supremo se concibe y se dice que es de necesidad absolutamente uno y simple, ó sea, indivisible, indescomponible. Y cuando el hombre contempla humildemente los séres vivientes inferiores á él en categoría y

anteriores en su aparicion, reconoce que por grados la unidad y la indivisibilidad se van como relajando, hasta que en cada organismo vegetal y animal inferior aparentan más bien una federacion que un sujeto, y el mismo hombre sabe, por perentoria experiencia, que, con ser él la norma de lo uno é individual, no lo es en absoluto. Si de nuestro cuerpo se amputa un miembro, muere el miembro, mas no el cuerpo, à pesar de que el miembro no se reproduce; si de nuestro cuerpo se arranca ó gangrena un pedazo de tejidos blandos, mueren estos, mas no el cuerpo; pero además, puede reproducirse en el organismo un equivalente, ya solo completo, ya completo y perfecto del trozo perdido. Luego, pues, si cabe que el indivíduo sea materialmente dividido y parcialmente restaurado, tienen sus partes algo de verdaderas partes, resultando que, bajo el punto de vista práctico, el hombre, con ser la mayor unidad que conocemos, es algo múltiple, porque no es absoluta unidad, y con ser el más perfecto indivíduo de que tenemos noticia, no es absoluta individualidad, por cuanto hasta cierto punto es divisible.

Y hénos aquí, de improviso, dueños de un criterio seguro para valorar á un tiempo el bien y el mal de la investigacion médica en la Historia, y el bien y el mal de las especialidades

modernas en la práctica.

¿De dónde nace el mal? De la viciosa direccion del raciocinio en la aplicacion del análisis á la ciencia del indivíduo, por cuanto se ha considerado que el análisis constituia en sí mismo un progreso científico, siendo así que en Anatomía y Fisiología el análisis sólo establece un medio para alcanzar el progreso, el cual consiste en el esclarecimiento de la nocion sintética del hombre, tal y como la naturaleza nos le muestra.

En este punto cada dia estamos peor, cada dia nos alejamos más y más de esta nocion sintética; hemos llegado á la completa pérdida de todo concepto individual. Desde la muerte de Hipócrates hasta la aparicion de la filosofía cartesiana en el siglo xvn, es decir, durante más de dos mil años, este concepto se sostuvo, bien ó mal, más ó menos claramente expresado; empero desde entonces, separados por Descartes el alma y el organismo, quedando aquella como objeto de letrados y psicólogos, y este como negocio de médicos y cirujanos, ca-

yeron los médicos del Renacimiento en el desairado y peligroso extremo de tener que fundar en la sola investigacion del organismo toda la Antropología, y á fuerza de disecar y más disecar, inquirir y más inquirir, experimentar y más experimentar, hemos llegado hoy á tan desahuciado elementarismo, que -: vergüenza da consignarlo!-los más apasionados exclusivistas partidarios del análisis sin fin, ya se lamentan de que nos estamos perdiendo en un mar de detalles, mientras ni en los recientes tratados de fisiología, ni en los de patología general, queda ya sombra en toda Europa de ninguna de aquellas cosas, que, como el carácter, la sinergia, el temperamento, las diátesis y otras más, la antigüedad concibiera como expresion teórico-práctica de la unidad individual, y que si la antigüedad percibió bien é interpretó mal, deber era de los modernos haberlas rectificado, no suprimido de una plumada. mientras palpitantes de realidad quedan en nuestras clínicas.

Y á tal madre, tales hijas. Si la ciencia médica fundamental es toda mosáico de inconexos y movedizos datos, sin lecho de argamasa que les dé, ya que no unidad, siquiera material fijeza, ¿cómo han de vivir subordinadas las especialidades á tal madre, que en sí misma es todo informalidad y anarquía? ¿Cómo han de reconocer esas medicinas locales las localizaciones de lo individual, cuando reniega de estas la Medicina general,

que es la que debiera enseñarlas?

Cuando las patologías generales guardan unánime desolador silencio acerca de las diátesis, por horror al sentido individualista que en estas se contiene, ¿cómo extrañar que los primeros dermatólogos nieguen la diátesis herpética, y que los primeros oculistas decreten sin vacilar la operacion en determinadas alteraciones, por ejemplo, en las ectrópicas nacidas de herpetismo, siendo, como son, curadas en breves semanas con sólo el uso interior de los arsenicales, y sin auxilio alguno local sobre el párpado enfermo?

Hé aquí, señores, de dónde nace el mal, así en la ciencia

genérica como en las prácticas especialistas.

Y el bien de la madre y de sus hijuelas, ¿de dónde surge?— De un doble orígen; y ahora vereis con cuánta razon antes os dije que el trabajo racional es siempre útil, siempre agradecido. Considerad, en primer lugar, que no siendo el hombre una unidad absoluta, y teniendo en consecuencia sus partes algo de realidad parcial, la Cirugía ha podido ir acumulando los progresos sin cesar alcanzados en este sentido por los prácticos de todos los tiempos, aun de la misma Edad media. Así en medicina operatoria, desde la operacion del trépano y de la talla, ya conocidas y ejecutadas en tiempo de Hipócrates, hasta las gasterotomías y laringo-protesis de nuestra época, todo ello forma un glorioso conjunto de adelantos artísticos alcanzados por el médico bajo unas condiciones que, si bien se resienten en gran manera de las dificultades vinculadas al solidarismo individual, acreditan un gran triunfo sobre las partes del organismo, en tanto que partes subordinables, hasta cierto punto, á la norma de los progresos físico-químicos y accesibles á sus maravillosas aplicaciones.

En suma, el balance de la Cirugía arroja un gran bien en favor del arte operatoria en medio del gran mal que, bajo la forma de confusion, se refleja en todo cuanto se relaciona con

la reduccion de la vida de la parte á la del todo.

Y conste que de estos positivos beneficios una gran cantidad es debida al genio y al celo de los médicos especialistas.

Considerad, en segundo lugar, que con haberse conservado el método individualista de Hipócrates en la formacion del diagnóstico y del pronóstico, tomando al enfermo como un todo único, cuyas manifestaciones morbosas, coincidencias ó síntomas, por incoherentes que aparezcan, forman la base empírica de la calificacion del mal y de la indicacion de su probable marcha, ha podido la Medicina en todo su campo adelantar siempre, no á despecho del progreso anatómico-fisiológico, que tan perturbador de las ideas ha sido por otros conceptos, sino merced à este progreso. Y si à ello se añade que los adelantos de las ciencias físicas—igualmente perturbadores del sentido clínico, en cuanto pretenden ser fuente de doctrina médica, - han producido maravillas industriales aplicables á la técnica exploratoria, tendremos cabal idea de los inestimables bienes que á la investigacion moderna debe la Medicina.

En suma, los síntomas que en tiempo de Hipócrates se tomaban, por decirlo así, á flor de cutis, de lo que naturalísimamente se desprendia del enfermo, hoy el médico, cual buzo, los persigue, como si fueran perlas y corales, en los más hondos senos del organismo.—Total: un bien inmenso, sin mezcla de mal alguno.

Tambien aquí consignaré que una gran parte de estas invenciones es debida al ingenio, ya de los médicos especialistas, ya de ilustres físicos y químicos dados á la solucion de

los problemas mecánicos de nuestra técnica.

Considerad, en tercer lugar, el carácter del progreso terapéutico, y vereis que en él los pasos seguros han sido siempre los pasos empíricos, ó basados en la observacion y la experiencia hipocraticamente conducidas, mientras que los pasos inseguros, lamentables y à las veces desastrosos, han sido siempre aquellos que se han dado en virtud de una sistemática deduccion, sacada de un concepto anatómico ó fisiológico erradamente admitido como principio de doctrina. Mientras en virtud de observacion y experiencia se ha dicho: «A tal síndrome tal remedio,» todo ha ido bien; mas cuando en virtud de un criterio analítico ó experimental se ha querido decir: «Tal remedio obra sobre tal síndrome, porque el fondo de la enfermedad es, por ejemplo, séptico, ergo debe aplicarse á todas las enfermedades sépticas,» entonces, señores, la observacion y la experiencia se han negado muchas veces á sancionar tan peregrino razonamiento, porque faltaba saber: 1.º, si aquel mal era realmente séptico; y 2.º, si lo son ó no lo son aquellos otros males de que tal condicion se afirma.

Así vemos, con grande escándalo, sucederse en la Edad moderna, ni más ni menos que en la media y la antigua, los medicamentos á la moda, como en el mundo de la moda los figurines del vestir; y cuando vamos á buscar los orígenes de su generalizacion, descubrimos que descansan en una insensata deduccion terapéutica, nacida de una precipitada induccion

fisiológica.

En suma, por este lado terapéutico, la Medicina arroja un gran bien en todo aquello que, hallado por observacion y experiencia, médicas ó vulgares, forma el caudal acumulado por pueblos y generaciones, y por el prudente experimentar, discurrir y ampliar de los verdaderos hombres de ciencia; mientras, en cambio, descubrimos mucho, muchísimo

mal como resultado à priori de falsas doctrinas analíticas. En este particular las especialidades se hallan, por su condicion misma, bastante preservadas de los estragos de tamaño vicio, y en su seno se va notando una tendencia empírica, laudabilísima, á lo que sériamente podremos llamar los remedios probados, merced á la extensa y depurada observacion que cada especialista tiene medio de acaudalar en su especializada clientela.

Finalmente, en cuarto lugar, se nos aparece la higiene. De ella sólo diré, repitiendo lo que en otro discurso tengo ámpliamente dicho y demostrado (1), que con haber adquirido tantas y tan preciosas verdades físico-químicas, biológico-experimentales y estadísticas de todo linaje, no puede con tantos bienes realizar el bien, y aun no pocas veces realiza sin sospecharlo el mal.-¿Por qué?-Porque olvidada la higiene, absolutamente olvidada del sentido unitario de Hipócrates, y atenta sólo al sentido analítico moderno, tan adecuado para servir de medio como inconveniente para erigirse en objeto final, cree que todo problema higiénico es reductible á una cuestion química, siendo así que todo problema higiénico, con ser humano, contiene una cuestion psico-física, y mientras la higiene no se eleve al concepto integro de nuestra individualidad natural, no logrará hacer á los hombres sanos, fuertes, bellos, buenos y felices, y será inútil que el distinguido higienista de Montpellier siga clamando «La humanidad se va por el cerebro, y es menester salvarla por los músculos,» porque la verdad es que no está sólo en los músculos la salvacion del cerebro de nuestros contemporáneos.

Ved ahora, señores, las conclusiones que se desprenden de este desapasionado exámen: 1.ª, que la Medicina, en todos aquellos procedimientos artísticos à que los órganos se prestan, por lo que tienen de vida parcial, ha prosperado; 2.ª, que la Medicina, en todo cuanto se refiere al diagnóstico, pronóstico y tratamiento, basados en la observacion y experiencia sobre el total indivíduo en su clínica unidad, ha prosperado; 3.ª, que la Medicina, en todo cuanto se refiere á la formacion de doctrina,

⁽¹⁾ El pro y el contra de la vida moderna bajo el punto de vista médico-social.

lejos de prosperar, está aun en peor situacion clínica que en tiempo de Hipócrates, por cuanto á la ingénua y prudente ignorancia de este, defendida por un exquisito sentido unitario, ha sustituido la vana é imprudente temeridad analítica. no sólo de fundar la ciencia de todo el hombre en la consideracion de uno solo de sus elementos anatómico fisiológicos. sino tambien de variar este fundamento al compás de cada nuevo experimento. Considérese bien toda la trascendencia de esta aberracion; reflexiónese que en Medicina, como en todo humano negocio, los principios constituyen el alma, y que no hay problema clínico, ni el de la cura del más insignificante uñero, donde no pueda surgir, á la hora menos pensada, una gravísima cuestion de principios, toda vez que si nuestros órganos tienen algo de partes independientes, tienen mucho de inmediata dependencia del todo. Meditad, señores, y vereis por vuestros propios ojos, no por la fe puesta en la claridad de los ajenos, cuán cierto es que una Medicina verdaderamente científica está todavía por constituir, y que urge pensar sériamente en constituirla, sustituyendo á la Medicina que ha producido mezcla de bien y mal, una Medicina que sólo produzca beneficios.

Para esto, señores, es menester que la Medicina, emancipándose de toda influencia filosófica, tome estado de formal ciencia. ¿Y cuál es la característica del estado positivo de una ciencia? La renuncia à la discusion filosófica sobre la esencia de su peculiar objeto, y la adopcion del criterio mecánico para precisar las formas de sus manifestaciones. Así, por esta reduccion fecunda, trasformáronse la Astrología en Astronomía. la Magia en Física, la Alquimia en Química; así, por reduccion idéntica, se han de trasformar, no sólo la Medicina, sino tambien todas las ciencias sociales, de pretensiones sin realidad, en realidad sin pretensiones.-Poco importa que esta reduccion no conduzca inmediatamente á la resolucion cuantitativa de los problemas concretos, poco importa; basta la sola influencia de un criterio matemático bien establecido, para disciplinar una ciencia, precaviéndola del error y dirigiéndola en su progreso.

Así, pues, la Medicina no se ha de trasformar en Química, ni en Física, ni en otra ciencia alguna; trasformar no es reformar, y la Medicina no necesita trasformacion, sino reforma; no necesita dejar de ser Medicina, sino llegar á ser más Medicina que nunca, es decir, una ciencia más que nunca ateni-

da á la unidad de su objeto.

Ahora bien; resucitar á Hipócrates, no puede ser: murió; que en paz descanse. Restaurar sus mismas enseñanzas con todo el cortejo de errores y de ignorancia de su tiempo, quédese esto como ocupacion de aquellos que se sienten mal avenidos con la verdad y los progresos modernos. Lo único que hay que hacer es, animando con el más puro espíritu hipocrático los materiales acumulados por millares de investigadores. dar de una vez alma, cuerpo y direccion, es decir, positiva vida á la ciencia médica, acudiendo al criterio mecánico, único punto de partida positivo é indiscutible. ¿No es el hombre un sér corpóreo? ¿No es su cuerpo uno é indiviso? ¿No es la vida el acto de este cuerpo? ¿No es este acto la resultante dinámica de su energía individual, sin la cual no vive, y de las energías cósmicas, sin cuyo concurso se muere? ¿No nos conduce esto en buena mecánica racional, siendo I la energía del individuo, C la del cosmos y V la resultante vida, à plantear la ecuacion V=f (I C)? ¡No nos da esta la idea teórica de indivíduo, vida, salud, padecimiento, curacion, tal y como cuadra, así al conjunto sér viviente como á cada una de sus menores partes, para todos los tiempos, desde la concepcion hasta la muerte; para todas las circunstancias, desde el mal de herencia hasta la fulminacion; para todas las categorías, desde la simplicísima célula viviente llamada microccocus hasta la magnifica complexidad del sér humano; y finalmente, para todas las escuelas, desde la pura hipocrática, obligado á aceptarla porque es la expresion mecánica de su physis, hasta la yatroquímica, imposibilitada de combatirla porque está fundada en el principio mismo à que la Química debe sus verdades, sus progresos y toda la trascendencia de su teoría unitaria?

Ved ahí, pues, en esta sencilla ecuacion, lacónica como toda semilla, el centro disciplinario, estrictamente hipocrático, de la observacion, la experiencia, la diseccion y la experimentacion, y el punto de partida de la vegetacion de enseñanzas

que constituye mi doctrina médica.

En ella están sus dos elementos constituyentes: la renuncia

á toda lucubracion filosófica acerca de la esencia de la energía individual, y la aceptacion del criterio mecánico para la apreciacion de sus manifestaciones. Por lo que dice al contenido de la doctrina, vosotros, entusiastas fundadores de este Circulo médico-reformista, habeis ya reconocido en mi cátedra lo demostrativo de sus desarrollos, tanto en el sentido crítico, donde toda idea sistemática acerca de la vida y la enfermedad queda deshecha, cuanto en el constructivo, donde, por naturalísimo proceso, cada nocion brota donde y cuando le corresponde, como las hojas y las flores en las ramas de un árbol.

Sólo os faltaba que os revelara un dia ú otro los orígenes históricos de mi pensamiento, y puesto que, no bastándoos con aceptarlo, os aprestais á sostenerlo y difundirlo, ninguna ocasion más oportuna que esta para explicaros con toda franqueza de dónde vengo y á dónde me dirijo, ó, en otros términos, qué idea tengo formada del pasado, y en qué espero contribuir á mejorar lo venidero, animando los esparcidos recursos del presente con la unidad y elevacion de intentos del gran fundador de la Medicina.

En esta empresa no me acusa mi conciencia la menor aspiracion á las fruiciones de la vanagloria: sólo intento servir á la verdad segun las necesidades de mi tiempo. La humanidad gira en la historia sobre su eje moral, como la tierra en el espacio sobre su eje físico; y bien, así como en el órden material parecen veleidades del sol el dia y la noche, que son veleidades de la tierra, así tambien en el órden racional parecen veleidades de los principios la verdad y el error, que son veleidades de los hombres. Por tanto, el propio girar de la humanidad que provocó el descenso del astro de la Medicina á su ocaso, ese mismo girar es quien proyecta hoy en Oriente los primeros albores de su nueva salida.

Ahora bien; de esa alborada—con toda mi sinceridad os lo fío—no pretendo representar el astro, sino la avisada alondra que con su canto la anuncia.

Y puesto que no es, por cierto, el menor de mis intentos acabar de una vez en Medicina con lo que llamaré el Fulanismo, el Zutanismo y el Menganismo, conténtome, como aquel sér anónimo que inventó el sacar lumbre, con que la lumbre se propague y se explote, sin aspirar por ello á las delectacio-

nes, ni de una vanidad que no tengo, ni de un orgullo de que

jamás abuso.

Y pues os dejo en posesion de todos los antecedentes, y veis que la causa que defendeis es justa, propagadla y difundidla por su nombre y su virtud intrínseca, pues cuando una reforma es, como esta, capaz de convertirse en reforma de sentido comun, acaba por ser, como la traza de sacar lumbre, obra de

nadie y patrimonio de todos.

Y aquí diera punto, señores, si pudiese prescindir de felicitaros por haber adoptado en vuestros Estatutos, no sólo la primera, sino tambien la segunda parte del programa de toda mi vida y de todas mis predicaciones; refiérome al Fomento de la cultura médica. El estado actual de ilustracion de nuestra clase en todo el mundo es por extremo lamentable; jamás, en ningun tiempo, llegó á tan humilde nivel. Los escritores médicos de todas épocas han dado muestras de poseer la máxima cultura intelectual que su siglo consentia: hoy, sin ninguna educacion de entendimiento, con sólo sentirse claros los ojos para ver y expeditas las manos para obrar, créese cualquiera en condiciones para explicar al mundo lo que se ve con los ojos y lo que hay que hacer con las manos. Un monton de hechos en la memoria y un desecho de criterio en la razon, hé aquí, salvas muy contadas excepciones, el inventario intelectual de un sediciente maestro de hogaño. Y no creais que en esta apreciacion, tan dura como cierta, estoy solo; no. Si en España me lamento yo de ello desde 1854, hoy ya en el extranjero se lamentan otros; y de sola Alemania, emporio de la cultura médica, os citaré al profesor de Fisiología, Dr. Fick, que clama contra la falta de preparacion universitaria de sus alumnos para comprender la ciencia fisiológica, y al profesor de historia de la Medicina, Dr. Baas, que se queja amargamente de la decadencia de sus colegas en punto à gusto por los estudios históricos. Tal es el compendio de los antes y los despueses, tal el alpha y la oméga de la decadencia en la patria de Juan Müller, de H. Helmholtz y de tantos otros colosos de la cultura enciclopédica.

Ved, pues, si hay motivo para que os felicite al ver que en vuestros Estatutos, adoptando de todo en todo mis tendencias, fundais, al lado de una Seccion de doctrina médica, una Seccion

de cultura enciclopédica. Y os felicito por ello con tanto mayor entusiasmo, cuanto que de esta segunda parte de vuestra empresa depende el éxito feliz de la primera. Porque, señores, toda causa necesita para obtener un triunfo definitivo y perpétuo, la justicia en la idea y la fortaleza en la propaganda, y, en vuestro caso, aunque defendais la verdad, que es la justicia en la ciencia, no espereis prevalecer por el número, ni por la perseverancia, ni por el ardimiento, sino por la superioridad intelectual, por la fortaleza racional con que la verdad que propagais sea predicada y discutida; la fuerza de la cultura sin la posesion de la verdad, sólo os granjearia triunfos pasajeros por lo sofísticos; la posesion de la verdad sin la fuerza de la cultura, sólo muy lentamente os abriria paso; mas con la reunion de entrambos elementos, dada la situacion actual del mundo médico, no lo dudeis, la victoria será vuestra.

Ea, pues, mis nobles y animosos compañeros, ejercitaos mucho y mucho en todo linaje de conocimientos, antes de lanzaros á la propaganda y la lucha. No importa que tardeis, no importa; dad al tiempo lo que es suyo; tampoco importa que yo no vea vuestro definitivo triunfo, tampoco, pues muerto y todo, complaceréme al sentir cómo mis restos, cual cotiledones de sembrada semilla, se van coarrugando y deshaciendo debajo de tierra, al compás que vosotros, convertidos en ramaje de la flamante doctrina, vais ofreciendo á la doliente humanidad flores de nuevas esplendentes verdades, frutos de nuevos imponderables servicios.